

*Rodrigues Pires, Magalí; Domínguez, Martín;
D'Errico, Julieta; Jaluf, Nadia*

Las lógicas de búsqueda laboral de tres grupos de "jóvenes" de generaciones distintas: Un análisis comparado entre los períodos 1960-1985, 1989-1999 y 2002-2012

VIII Jornadas de Sociología de la UNLP

3 al 5 de diciembre de 2014

CITA SUGERIDA:

*Rodrigues Pires, M.; Domínguez, M.; D'Errico, J.; Jaluf, N. (2014) Las lógicas de búsqueda laboral de tres grupos de "jóvenes" de generaciones distintas: Un análisis comparado entre los períodos 1960-1985, 1989-1999 y 2002-2012 [en línea]. VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, 3 al 5 de diciembre de 2014, Ensenada, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en:
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4401/ev.4401.pdf*

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

Las lógicas de búsqueda laboral de tres grupos de “jóvenes” de generaciones distintas. Un análisis comparado entre los períodos 1960-1985, 1989-1999 y 2002-2012

Autores: Magalí Rodrigues Pires (UBA), Martín Domínguez (UBA), Julieta D’Errico (UBA), Nadia Jaluff (UBA).

Correo electrónico: magapires8@hotmail.com y rodriguez_ad61@hotmail.com
mailto:rodriguez_ad61@hotmail.com

Introducción

Este trabajo busca interpretar las diversas maneras en que los “jóvenes” emprendieron y/o emprenden sus búsquedas laborales, en diversos contextos espacio-temporales. En particular, nos interesa analizar las búsquedas de trabajo que los jóvenes llevaron adelante en el período 2002 - 2012 caracterizado, en primer término por el derrumbe del modelo de convertibilidad en 2001, y, en segundo lugar, por el período que se abrió a partir de 2003, signado por la reconversión y el crecimiento económico.

Por otro lado, nos interesa comprender de qué manera las transformaciones económicas impactaron en las expectativas y sentidos que los jóvenes atribuyen tanto a la noción teórica como a la práctica misma de la búsqueda laboral. En la actualidad, “buscar trabajo” reviste características propias inherentes al contexto vigente con resabios naturalizados de prácticas laborales precarizadas de los escenarios anteriores de crisis socioeconómicas agudas. Por ejemplo, el empleo precario, el empleo de tiempo parcial, el empleo por hora y el empleo inestable son, no solo conceptos sino también realidades del contexto laboral al que los jóvenes deben enfrentarse cuando salen a buscar su primer empleo hoy día, y que se han naturalizado a tal punto que quedan fuera de la discusión porque pasaron a ser parte del escenario laboral “normal” y normalizado.

Definir qué es “juventud” y quiénes son “jóvenes” es problemático. Siguiendo a Margulis (1996), “la *juventud*” es un concepto esquivo, construcción histórica y social y no mera condición de edad”. Partir de la idea de que la juventud es siempre una construcción teórica, social e histórica implica tener que delimitar una población de estudio no solo a partir de una edad específicamente delimitada, si no a partir de otras características comunes que unen a un

grupo en un contexto socio-temporal específico, unidos a partir de prácticas comunes, entre las que nos importan más que nada las laborales. Pensar los distintos “jóvenes” de diferentes periodos históricos nos llevó también a tomar la noción de “generación” como marco para el análisis.

La noción de “generación” no es menos conflictiva que la de “juventud”. Siguiendo a Nora, “el problema es que cualquier intento de dar una definición precisa de “generación”, o al menos proporcionar la precisión que toda definición requiere, inevitablemente cae en una trampa -o dos trampas- inherentes a la noción en sí misma. En primer lugar, una generación es, por su propia naturaleza, un fenómeno puramente individual que sólo tiene sentido cuando se la ve de forma colectiva. Y en segundo lugar, aunque la idea se originó en un marco filosófico de “continuidad”, sólo tiene sentido en el marco de la discontinuidad y de la ruptura” (Nora, 1997:507) (traducción propia). Teniendo en cuenta que en muchos casos las experiencias laborales datan de un pasado a veces ya muy lejano, la noción de memoria (Halbwachs, 2004) ha sido pertinente en nuestros análisis.

Realizamos veintiséis entrevistas en profundidad a un grupo de “jóvenes” de distintas generaciones que habitan el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA), con el fin de realizar un estudio comparativo de tres “generaciones” de “jóvenes” diferentes, en contextos de crisis y rupturas socioeconómicas graves. La intención ha sido priorizar el punto de vista de los actores, darle una importancia vital a la dimensión subjetiva de estos “jóvenes”, relevando los significados que construyeron y/o construyen alrededor de sus primeras experiencias de trabajo, observando cuáles son las continuidades y rupturas existentes, teniendo en cuenta que las crisis y reconversiones posteriores, fueron quedando anquilosadas primero sobre el mercado laboral, y segundo sobre los márgenes de acción de las mismas estrategias de búsqueda de trabajo que se pueden desarrollar.

Sobre las transformaciones en el mercado de trabajo y su impacto en las “juventudes”

El mercado de trabajo actual atraviesa un período de retraimiento general y de estancamiento en la creación de puestos de trabajo nuevos, fenómeno inverso suscitado a partir de la crisis mundial de 2008, y luego de un período de cierta bonanza económica nacional, caracterizada por la recuperación del empleo y la reindustrialización de muchas ramas de producción que no operaban

o lo hacían deficientemente desde la crisis del modelo de convertibilidad en el año 2001. Este período (2002-2008) se piensa como una ruptura con el neoliberalismo (1976-2001) implementado por la última dictadura militar y consolidado durante los años '90 mediante políticas de flexibilización, precarización y desregulación laboral. Sin embargo, en el contexto actual se abre un interrogante sobre el devenir futuro tanto de las variables macroeconómicas nacionales como del mercado de trabajo en sí.

Utilizando la comparación histórica de tres periodos (1960-1985, 1989-1999 y 2002-2012) en base a entrevistas a tres grupos de jóvenes analizamos la experiencia de la primera búsqueda e inserción en el mercado laboral, y en consecuencia como aquello afecta y afectó sus prácticas, representaciones e imaginarios respecto al mundo laboral. Podemos así poner transversalmente en perspectiva jóvenes que han vivido en un período de estabilidad laboral, pleno empleo, altos niveles de redistribución del ingreso, salarios altos y políticas de bienestar social con jóvenes que han sufrido el deterioro paulatino de esas condiciones tanto cuantitativa como cualitativamente y jóvenes contemporáneos que, en un contexto de recuperación económico y laboral, conviven de manera naturalizada con formas flexibles de trabajo.

Las crisis como “ momentos o estados transitorios, son parte de un proceso (...), de un desarrollo, y por tanto, tiene un desenlace, si bien no hay un patrón de duración previsible (...) se expresan contradicciones y rupturas, tensiones y desacuerdos, de una intensidad tal que los actores-individuales y colectivos- vacilan respecto de las decisiones a tomar,(...) o las acciones a realizar, al tiempo que las normas, las reglas y las instituciones hasta entonces existentes dejan de ser reconocidas en mayor o menor medida (...) las nuevas propuestas no terminan de ser elaboradas o, estándolo, asumidas como eficaces y/o pertinentes” (Ansaldi, 2003). Pensar los momentos de crisis como ruptura y transformación circunscritos a procesos no lineales, nos permite salir de una correlación necesaria y mecánica entre estructura y mundo social, pudiendo así observar a nivel macro-micro sin simplificar la heterogeneidad de estos procesos a determinaciones totalmente estructurales, a los “jóvenes” como sujetos de cada período histórico. Así, estos momentos de transición implican diferentes valores, cosmovisiones, e ideologías de diferentes subjetividades históricas, que implican prácticas específicas.

El desarrollo del modelo de sustitución de importaciones (ISI) fue impulsado durante el período de posguerra de la Segunda Guerra Mundial. La necesaria reconstrucción de Europa,

permitió el desarrollo tardío de las economías latinoamericanas que aprovecharon la oportunidad de industrializarse y desarrollarse. En un principio la idea de convertirse en naciones autosustentables con una identidad propia parecía factible, acarreado con ello la reinvención y el auge de los nacionalismos (Donghi, 1970; Ansaldi, 2003). El periodo más importante de este proceso en Argentina se da en el primer y segundo gobierno peronista (1945-1955), desde la intervención estatal, regulación del mercado y devaluación cambiaria se impulsaron políticas de industrialización, que mediante el desarrollo de nuevas ramas de producción generarían la demanda de mano de obra, que posibilitaría brindar salarios altos incentivando el consumo y el mercado local ayudado por políticas de protección de las industrias frente a los productos extranjeros. Junto a ello, la garantía y reivindicación de derechos sociales para la clase trabajadora, propicio altos niveles de estabilidad y bienestar social que funcionaron como una forma legitimadora del proceso (Cantriot, 1975). Las viejas estructuras sociales sirvieron al peronismo de provisión para que la ISI se asentara (Ansaldi, 2003).

Los gobiernos siguientes de características desarrollistas, influenciados por el keynesianismo buscaron desarrollar la tecnificación industrial y cualificación de la mano de obra que había flaqueado al fin del peronismo, manteniendo siempre la idea de “justicia social” (Garciaarena, 2001), inclusive las dictaduras intermedias intentaron sostener la reivindicación del desarrollo social.

La ISI se agotó rápidamente (Ansaldi, 2003; Isuani, 1991; Kennedy, 2010), solo se pudo industrializar algunos sectores de Latinoamérica, como capitales y ciudades grandes. En términos productivos, la industrialización nacional fue bastante pobre, crecía al mismo ritmo que la especialización de la mano de obra, quedando siempre por detrás. Las políticas de este período para sustentarse implicaron la sobreexplotación de la mano de obra en pocas instalaciones disponibles para la producción, que ya habían sido agotadas. Se intentó profundizar la ISI, mediante una “segunda ISI” a través de la contratación de multinacionales para la fabricación de bienes de capital, pero fracasó ya que requería de industrias básicas que no estaban desarrolladas. El ingreso y el salario decayeron rápidamente, si en 1955 rondaban entre el 45 y el 50 por ciento, tan sólo cuatro años luego descendieron al 35,9. Oscilaron en los años sucesivos hasta recomponerse en el año 1972. Entre el “Rodrigazo” y el comienzo de la dictadura militar de 1976 una nueva caída establecería un piso del 30 por ciento que decaería sistemáticamente.

Algunos autores (Oszlak, 2003; Torrado, 2010) coinciden en señalar que en la década de los '90, en Argentina, el denominado Plan de Convertibilidad supuso la continuidad y profundización de la transformación estructural de la economía nacional, iniciada durante la última dictadura militar. Junto al retraso cambiario se desplegó un amplio conjunto de políticas de reformas caracterizadas principalmente por la privatización de empresas estatales, la desregulación de la actividad económica, la liberalización comercial y financiera, y la flexibilización laboral. Todo esto provocó una sustantiva transformación en la estructura productiva y del mercado del trabajo, impactando significativamente en la generación y distribución de los ingresos, redundando en un profundo deterioro de las condiciones de vida de la población. Como consecuencias de estas políticas, el desempleo, la subocupación y la pobreza se agravaron hasta cifras nunca antes conocidas en nuestro país, a la vez que aumentó también la marginalidad, lo que significó la exclusión definitiva de muchas personas del mundo laboral.

Con respecto a las desregulaciones laborales operadas durante ese período, entre los aspectos más destacables de las mismas están la flexibilización del uso del tiempo de trabajo, la reducción de las contribuciones patronales (las cuales para 1998 se habrían reducido en un 40% respecto a los niveles de 1994), la disminución de los costos del despido para pequeñas y medianas empresas y la instauración del “período de prueba” (1995), que brindaba al empleador la posibilidad de dejar cesantes a los trabajadores sin pago de indemnizaciones ni preaviso, y sin haber efectuado aportes patronales, luego de transcurrido ese espacio de tiempo delimitado.

La desregulación laboral produjo un nuevo mercado de trabajo cuyas consecuencias principales se vieron reflejadas en un aumento del desempleo y el subempleo que se volvieron estructurales, como así también la drástica y sostenida caída del salario real. Se sostenía desde el discurso dominante de la época que la ley de contrato de trabajo, que protegía la estabilidad de la relación de empleo y de las condiciones de trabajo, significaba más bien un obstáculo, e implicaba un atraso en relación con los cambios experimentados en el sector productivo. Esta regulación protectoria elevaba los costos laborales y por ello causaba desempleo, pero además desestimulaba la inversión empresarial. Por lo tanto, la tarea por realizar era: crear formas de contrato de trabajo más flexibles que las existentes en la ley de contrato de trabajo, reducir los costos impositivos de las relaciones de empleo, descentralizar la negociación colectiva e incluir en el marco general de privatización de la economía a los servicios de la seguridad social.

El período de post-convertibilidad (2002-2012) implicó en el mercado de trabajo una serie de avances significativos. Para las autoras (Álvarez, Fernández y Pereyra, 2012) el crecimiento no solo fue pronunciado sino también sostenido. Durante la mayor parte del período, el crecimiento económico estuvo asociado a un marcado incremento del empleo y descenso paralelo del desempleo. Asimismo, se registró una recuperación más lenta que la propia recuperación de la tasa de trabajo, en lo que refiere a la calidad de los puestos de trabajo y con respecto a una redistribución progresivamente más igualitaria del ingreso.

Uno de los aspectos salientes del período 2002-2012 es el marcado crecimiento de la tasa de empleo desde el 2002 en adelante (Beccaria, 2003), aunque esto no implica necesariamente mejoras en la calidad del empleo. Los principales indicadores como la tasa de desempleo, de empleo no registrado, los salarios y la pobreza han experimentado mejoras en relación al período de deterioro económico y laboral que comenzó con la última dictadura militar en nuestro país. Sin embargo, los índices actuales todavía están muy lejos de alcanzar los anteriores a 1976 (Kennedy, 2010).

¿Buenos tiempos eran los de antes?

Una de las diferencias centrales que surgen del análisis comparativo entre aquellos jóvenes que realizaron la búsqueda de su primer trabajo en cada uno de los tres períodos se relaciona directamente con las lógicas de búsqueda. Mientras que dentro del grupo de entrevistados que buscaron su primer empleo entre 1960 y 1985 todos coinciden en que el medio para conseguir trabajo era marcar los clasificados del diario e “ir lugar por lugar a presentarse” porque “otra cosa no había”, no ocurre lo mismo con los jóvenes que buscaron su primer trabajo en los últimos diez años. Si bien algunos de ellos hablan de haber “tirado curriculums por la calle”, en referencia a dejar su CV en aquellos locales donde había carteles en la puerta que pedían empleados, la gran mayoría identifica las páginas de Internet como el método de búsqueda más utilizado. Entre quienes realizaron la búsqueda en el período 1989-1999, la utilización de Internet como herramienta todavía no aparece pero sí el armado de CVs. Y pueden encontrarse indicios de cómo la práctica de la interacción cara a cara con el empleador para ofrecerse va siendo reemplazada progresivamente por formas más impersonales de búsqueda.

Una de las principales diferencias que se puede señalar entre los tres períodos es la presencia del curriculum vitae como herramienta de búsqueda laboral, el cual se encuentra del todo ausente en las experiencias del grupo 1960-1985 pero cumple un rol principal en las de los otros dos.

“Enviaba CVs a todos los avisos clasificados que aparecían en los diarios La Nación y Clarín, principalmente en los agrupados. También respondía a los pedidos que aparecían publicados en la cartelera del centro de Estudiantes de la FADU” (Leticia, 42 años)

“Lo que hacía era cargar mi CV en las páginas de Internet que se usan para buscar trabajo, pero no tenía mucha suerte con eso” (Sabrina, 23 años)

“No se estilaba eso de ir con un CV armado, entonces era bastante desgastante en un punto porque no solamente había que ir hasta el lugar, sino que tenías que llenar planillas, formularios de solicitud de empleo y a veces tenías la entrevista y a veces no” (Silvia, 53 años)

En retrospectiva, el CV suele ser entendido por quienes no lo usaron como una herramienta que podría haber agilizado la búsqueda de trabajo. Pero también es acusado de haber eliminado la primera interacción cara a cara que resultaba clave para poder ofrecerse y convencer al empleador.

“Ahora, esto de meter el CV en una página, agiliza las cosas, pero creo que la contra está en que, al filtrarse el factor humano, perdés esto de la labia... hablando en criollo. Antes tenías la posibilidad de ofrecerte, entraba en juego en forma directa, ya con la primera entrevista, tu aspecto, tu forma de expresarte, la forma en que convencías al otro... me ha pasado de presentarme a un trabajo para el cual no tenía ningún tipo de experiencia, pero era plantarme y decir ‘yo aprendo rápido, tengo buena voluntad’ o decir directamente ‘denme la oportunidad y yo se los demuestro’, a veces convencías, a veces no, pero bueno tenías ese changüí que ahora no tenés, ahora tenés que esperar a que te contacten y recién ahí ver si podés convencer” (Silvia, 53 años)

De lo anterior se desprenden algunas ideas. Por un lado, la utilización del CV y la metodología de enviarlo por Internet o por correo -propia de los dos períodos más recientes- no es vista como una herramienta de presentación personal del todo superadora y más flexible que la

anterior, tal como el discurso empresarial suele sostener. Si bien se lo identifica como una forma de búsqueda más ágil, también “filtra el factor humano” haciendo la búsqueda de empleo mucho más impersonal. La posibilidad de venderse, “plantarse” delante del empleador e intentar convencerlo de las capacidades personales propias, como una manera específica de presentarse en la vida cotidiana (Goffman, 1959), tiene un lugar secundario en las búsquedas realizadas en 1989-1999 y está totalmente ausente en las entrevistas de los jóvenes que buscaron su primer trabajo entre 2002 y 2012.

El período de 1989-1999 puede pensarse como un momento de transición entre un estilo personal a otro más impersonal. En algunos casos, todavía se estilaba ir personalmente e intentar presentarse ante el potencial empleador. Pero la abundante cantidad de postulantes para un mismo puesto hizo que esta técnica presencial sea progresivamente reemplazada.

“Me presentaba presencialmente y a veces había lugares dónde había una cola de 20 o 30 personas. Hasta colas de 100 personas había a veces, una locura. Y si no la otra era mandar el curriculum por correo” (Nancy, 40 años)

Entre los entrevistados que realizaron la búsqueda entre 2002 y 2012, esta transformación ya se encuentra del todo consolidada. En su caso, el primer contacto con quien decide darles o no el trabajo, no son ellos mismos sino un papel que los representa. Los títulos obtenidos -muchas veces sólo el secundario a la hora de buscar el primer empleo- y la experiencia laboral -en caso de tenerla- funcionan como carta de presentación y, a la vez, como filtro. Ya que sólo los que pasen esa primera instancia de selección tendrán la posibilidad de interactuar cara a cara e intentar “convencer”.

Es justamente esta nueva etapa impersonal y a distancia, la que permite relacionar la búsqueda por Internet con sentimientos de incertidumbre por parte de los jóvenes -ante la ausencia de algún tipo de respuesta a su solicitud- y, en la mayoría de los casos, con el fracaso en la búsqueda:

“Ingresaba a Internet a buscar en esas páginas de búsqueda laboral sin demasiada suerte porque nunca me llamaban” (Gabriel, 26 años).

“Había estado buscando, mandando mails más que nada, entrando a Zona Jobs y a esos lugares de Internet y no tuve éxito para nada” (Rodrigo, 23 años).

Otro de los temas centrales es el de la experiencia y/o la especialización, ya que los tres grupos hacen referencia a la cuestión pero de diferente manera. Entre aquellos que buscaron su primer trabajo entre 1960 y 1975, el tener o no experiencia previa en el rubro al que pertenecía el empleo que intentaban conseguir, no parecía ser un problema para casi ninguno de ellos y en ningún caso el hecho de no tener experiencia o una capacitación específica les impedía postularse y hasta conseguir el trabajo.

“En ese momento tenía la pierna enyesada. Busqué para trabajar de empleada, sin experiencia y que me quede cerca. Y encontré uno a cuatro cuadras de mi casa. El lunes a la mañana fui así con la pata enyesada, le dije que quería trabajar, y me tomaron. Me hicieron quedar para hacer la facturación. Tenía que usar una maquina eléctrica que yo jamás había visto, porque ya en ese entonces estaban las IBM eléctricas y yo en el colegio usaba de las manuales. Pero sin examen ni nada, me tomaron ese mismo día” (Isabel, 55 años)

El testimonio de Isabel deja en evidencia que la falta de capacitación y/o de especialización para una determinada tarea no era un impedimento para conseguir un trabajo. Bastaba con convencer al empleador de que era capaz de “aprender rápido” y de que tenía “ganas de trabajar” para que le dieran la chance de “probarlo”.

Sin embargo, en el período más reciente (2002-2012) ocurre lo contrario. Al ser el curriculum vitae el primer contacto con el empleador, la titulación y la especialización priman sobre la facilidad para aprender que pueda tener quien busca el trabajo y por su capacidad para convencer al empleador de sus ganas de trabajar. Y esto es así, como señalábamos más arriba, simplemente porque no existe esa posibilidad sino una vez que el CV fue evaluado y aceptado.

Esta diferencia podría entenderse a partir de pensar que entre el primer período de búsqueda (1960 -1985) y el tercero (2002-2012) existe una diferencia cualitativa en relación al desarrollo tecnológico vigente. Y en este sentido, pareciera haber una especie de “ruptura

tecnológica” entre un momento y el otro que podría ser una de las causas de la necesidad de experiencia y/o especialización por parte de los empleados.

Esta transformación ya comienza a delinearse en el período intermedio. Varios de los entrevistados que realizaron la primera búsqueda de empleo entre 1989 y 1999 hicieron referencia a la falta de experiencia como un impedimento para conseguir el trabajo deseado.

“Yo no tenía especialización ni mucha experiencia en nada, y se empezó a complicar la mano” (Nancy, 40 años)

“Era muy difícil encontrar trabajo dentro de las agencias importantes de Diseño o Publicidad de ese momento, sin tener un contacto o recomendación directa de alguna persona importante del medio. Los avisos a los que podía acceder, por carecer de experiencia y por ser estudiante de la carrera de Diseño Gráfico, eran ad honorem!!!” (Leticia, 42 años)

Además de la “ruptura tecnológica”, el hecho de que exista una sobreoferta de personal para un mismo puesto resulta como un posible factor explicativo de la importancia que cobra la acreditación de cierta experiencia en el rubro. Uno de los entrevistados del período 1960-1985, reflexiona al respecto:

“La demanda laboral en esta época es poca y frecuentemente los jóvenes necesitan acreditaciones de cierta exigencia para aspirar a puestos relativamente estables, es decir, se requieren conocimientos especializados para acceder al mundo laboral, aunque esto tampoco les garantiza no padecer algún tipo de precarización. Los jóvenes que no poseen estas acreditaciones quedan inevitablemente expuestos a una situación crónica de informalidad laboral” (Martin, 73 años).

En relación a lo antedicho, y sumado al nuevo rol del currículum, la importancia de la titulación también parece ser mucho mayor en los dos períodos más actuales que en el correspondiente a 1960-1985, donde solo bastaba con “presentarse y convencer” de que uno era capaz para ese trabajo. Sin, embargo, en una época de inflación de titulaciones, especialmente de nivel secundario, haberse graduado no parece ser tampoco garantía de trabajo seguro. En este sentido, retomamos el planteo de Bourdieu cuando postula que; “El desajuste entre las

aspiraciones que el sistema de enseñanza produce y las oportunidades que realmente ofrece, en una fase de inflación de las titulaciones, es un hecho estructural que afecta, en diferentes grados según la singularidad de las mismas y según el origen social, al conjunto de los miembros de una generación escolar.” (Bourdieu, 1988: 142).

Buscar trabajo... ¿Para qué?

Para comparar las estrategias de búsqueda laboral de jóvenes de sectores medios durante los tres períodos analizados (1960-1985) (1989-1999) (2002-2012) se ha utilizado el concepto de generación (Margulis, 1996; Nora, 1997), ya que el mismo posibilita enmarcar las biografías de los sujetos estudiados en determinados contextos culturales, sociales, políticos y económicos propios del período en que viven. En este sentido, cada generación puede ser considerada, hasta cierto punto, como perteneciente a una cultura diferente, en la medida en que incorpora en su socialización nuevos códigos y destrezas, lenguajes y formas de percibir, de apreciar, clasificar y distinguir su entorno. Por lo tanto, las generaciones comparten códigos y se diferencian a su vez de otras generaciones. En este sentido, se deduce que no es lo mismo pertenecer a una generación a la que le ha tocado vivir una época de “empleo pleno”, como los jóvenes que organizaron y planificaron sus vidas bajo el modelo del Estado de bienestar, que formar parte de una generación que debió delinear su proyecto de vida durante la década del ’90, época dónde se produjeron transformaciones estructurales del mercado de trabajo a raíz de la contracción del aparato productivo.

Para esta investigación resulta importante tener en cuenta que en cada uno de los sectores sociales hay “juventudes” o “culturas juveniles” con características propias, ya que la pertenencia de clase brinda la posibilidad de responder satisfactoriamente -o no- a los modelos de juventud impuestos hegemonícamente y considerados legítimos para una cultura y época determinada. En palabras de Margulis, la condición histórica-cultural de juventud no se ofrece de igual forma para todos los integrantes de la categoría estadística “joven”. En el caso de los sectores medios, por ejemplo, se puede pensar en una “moratoria social” que refiere a la posesión de un crédito de tiempo disponible que les da la oportunidad de postergar su ingreso a las responsabilidades de la vida adulta, retrasando así su inserción en el ámbito laboral en pos de lograr un mayor nivel de calificación. También hay que considerar que el hecho de pensar a los

jóvenes en clave generacional obliga a incorporar en el análisis nuevos modos de percibir y de apreciar el trabajo, de resignificar lo que es ser competente utilizando nuevos hábitos y destrezas; elementos que sin lugar a dudas distancian a los jóvenes recién llegados al mundo del trabajo de las generaciones más antiguas.

Si bien el concepto de “generación” (Margulis, 1996; Nora, 1997) permite dar cuenta de las transformaciones del mercado laboral y contemplar a todos los sectores sociales, Los jóvenes de sectores medios, tanto los que realizaron su búsqueda en el período (1965-1985) (1989-1999) como los que la llevaron a cabo en el período (2002-2012), disponen de un capital social (Bourdieu, 1988) que pueden hacer valer a la hora de buscar trabajo. La posesión de este capital social les otorga un grado de libertad mayor frente a los diferentes contextos socio-laborales, aún los que debieron afrontar escenarios laborales en crisis.

En los tres grupos de jóvenes (1960-1985) (2002-2012), las motivaciones indicadas por los actores para iniciarse en el mundo del trabajo estaban, en su mayoría, relacionadas con la necesidad de tener dinero propio para solventar gastos personales. Sin embargo, particularmente en el primer grupo (1965-1985), se puede observar una idea en común en la mayoría de los entrevistados en relación a la posibilidad de conseguir empleos fácilmente y de permanecer en ellos largo tiempo por propia elección.

“Ah, sí, era facilísimo antes, encontraba al toque, había mucho trabajo. Se presentaban cinco ó diez personas y tenían que elegir así, faltaba gente para trabajar, había mucho trabajo por eso conseguías enseguida. Te dabas el lujo de renunciar antes de conseguir otro trabajo” (Isabel, 55 años).

“Había trabajo, porque el trabajo no era un problema. No había gente buscando, haciendo colas” (Daniel, 51 años).

“Era una época en que los empleos que conseguías podían ser de por vida... yo mantuve el empleo largos años...si querías laburar, laburabas” (Martín ,73 años).

Por el contrario los jóvenes entrevistados correspondientes el período 1989- 1999 consideran como obstáculos y restricciones en la búsqueda laboral el cierre de las fuentes de trabajo industrial , el nivel de instrucción alcanzado y la falta de experiencia que se requería para

cubrir los puestos que exigía la nueva configuración del mercado de trabajo. En este sentido, los condicionantes estructurales parecen haberse impuesto por sobre los deseos y las estrategias individuales encaminados a continuar la trayectoria laboral en el sector industrial propia de la generación anterior. Dadas las fuertes restricciones económicas de los trabajadores, las búsquedas pasan entonces a orientarse hacia el sector servicios que en general presentan características de precariedad e informalidad.

“A partir del 94, me empezó a costar conseguir trabajo, yo no tenía especialización ni mucha experiencia en nada, y se empezó a complicar la mano” (Nancy, 40 años).

“De 10 cartas que enviaba por semana, respondían 1 o 2 con suerte. Me presentaba a la primera entrevista y casi nunca llegaba a la segunda...te estoy hablando de marzo de 1992” (Leticia, 42 años).

“Empecé trabajando en promociones y como asistente de espectáculos, eran eventuales, por 15 días y no había horario establecido, podía ser de las 10 de la mañana a las 12 de la noche. “ (Silvina, 45 años)

“ Mi primer trabajo fue como Diseñadora por Computadora, diseñaba volantes, facturas, escritos judiciales, curriculum vitae, tarjetas personales, etc... de vez en cuando ayudaba en la parte de impresión manejando la fotocopidora, haciendo anillados y hasta barriendo el piso.” (Leticia , 42 años)

En el grupo de jóvenes que buscaron trabajo en el período 2002-2012 se puede observar que se naturaliza la idea de que los trabajos sean “temporales”, que duren poco tiempo. El hecho de que orienten sus búsquedas a trabajos de corta duración y/o de jornada reducida, no sólo da cuenta de la fragmentación del mercado laboral, sino que también indica una estrategia de estos jóvenes (2002-2012) para trabajar en pos de cumplir metas inmediatas y específicas -como irse de vacaciones o comprarse un objeto puntual-. Esto puede ser entendido como un modo de “adecuarse” a una dinámica laboral cortoplacista, ya que señalan la importancia del tiempo libre para desarrollar aspectos de realización personal –como puede ser continuar sus estudios

universitarios, y así acrecentar sus certificaciones académicas para hacer frente a un mercado tan competitivo como incierto.

“Dentro de mi familia se planteo de poder costear mis gastos como estudiante universitario, la meta del primer trabajo fue priorizar mi enseñanza”. (...) “Trabajaba de lunes a viernes de dos de la tarde a nueve de la noche y los sábados por la mañana, atendiendo al público, limpiando, cobrando en la caja, etcétera, el sueldo era \$20 los miércoles y \$20 los sábados. Era escaso pero suficiente para los apuntes y viajes” (Boris, 26 años).

“Empecé a laburar porque primero quería tener plata y no tener que pedir, también para irme de vacaciones” (Belén, 21 años).

El capital social (Bourdieu, 1988) parece jugar un papel central en las estrategias de búsqueda de los tres grupos, ya que todos los entrevistados indicaron haber accedido a sus primeros puestos laborales a través de “contactos”, es decir, a partir de la referencias otorgadas por su círculo de allegados o personas conocidas.

“Un familiar tiene una compañía que provee software a bancos y empresas. La secretaria se había ido de vacaciones y necesitaban que alguien haga ciertas tareas administrativas... y como yo estaba de vacaciones, me llamaron” (Santiago, 23 años).

“Usando a mi mamá como nexo me contacté con un conocido de la familia, quien me dio una mano, dándome trabajo en su verdulería de barrio” (Boris, 26 años).

“Mi primer trabajo formal lo conseguí a los 17 años, en un Club Náutico, me recomendó un empleado que trabajaba allí y me conocía por razones familiares” (Martín, 73 años).

“Conseguí trabajo en una oficina, haciendo trámites bancarios, a través de mi viejo, era para un amigo de mi viejo” (Silvia, 53 años).

“Busqué más que nada clases de inglés, porque tenía el contacto de mi profesora de inglés que me pasaba a los alumnos chiquitos” (Isabel, 55 años).

“El trabajo lo conseguí por contacto, por mi prima. Ella era peluquera y a mí me gustaba, entonces un día pase por la peluquería y tenía mucha gente y me pidió que me quedara para ayudarla” (Clara, 37 años)

“Mi hermano tenía una cerrajería, así que le preguntamos a él a ver si necesitaba un ayudante y empecé a trabajar con él” (Pablo, 39 años)

En conclusión, se pueden ver líneas de continuidad y de ruptura: las primeras relacionadas a que la pertenencia a sectores medios compartida por los entrevistados aún a pesar de la brecha de tiempo existente entre los grupos permitió afrontar sus búsquedas laborales con mayores recursos de todo tipo. Entre las rupturas, en cambio, observamos por ejemplo algunas percepciones sobre lo que el trabajo representa para los entrevistados: para los jóvenes del período 1960- 1985 conseguir trabajo era “facilísimo” y se podía permanecer largo tiempo en ellos. La no percepción de su déficit y la seguridad de contar con dinámicas laborales sin interrupciones anclada en la situación real de pleno empleo les otorgaba previsibilidad para la configuración de proyectos de vida de largo plazo, mientras que para las otras dos generaciones la mirada de corto plazo se convirtió en regla, una mirada regida, como sostiene Sennett (2000), por un mundo laboral de extrema flexibilidad , transitoriedad , innovación y objetivos de corto plazo, dónde se exigen individuos capaces de reinventarse a sí mismos sobre la marcha. Las transformaciones, las exigencias de productividad, competitividad y la falta de vacantes laborales suficientes durante la década del ‘90 fue clave en la manera de la posterior percepción y valoración del trabajo como recurso identitario, impactando en las formas de estructuración y organización de la vida de los jóvenes y su ingreso a la vida adulta.

“Hacer memoria”: La legitimidad/ilegitimidad de las prácticas laborales

Otro de los temas salientes, en relación con las primeras experiencias laborales de los jóvenes, se trata de qué era o es considerado, socialmente, trabajo legítimo o válido, y qué no, en las dos generaciones estudiadas.

Para analizar tal cuestión recurrimos en principio al concepto de memoria. Al trabajar con discursos de individuos sobre sus vivencias y percepciones, muchas veces lejanas en el tiempo, los relatos que los entrevistados nos brindan son a la vez vivencias personales y construcciones socio-históricas, sobre las cuales tiene mucho peso la memoria colectiva. Por esta última entendemos, siguiendo a Halbwachs (2004), una construcción social dentro de una comunidad, sobre tiempos pasados, que se diferencia del relato estrictamente histórico, ya que este último retoma especialmente temáticas más antiguas, de las cuales no existen ya personas que hayan vivido ese tiempo y puedan reproducir los hechos, pero que a la vez necesitan ser contados. La memoria colectiva, por otro lado, apela a recuerdos que aún subsisten dentro de poblaciones que vivieron ciertas épocas, y que son contruidos por los miembros de la propia comunidad. En este sentido, entendemos que lo que relatan los entrevistados no son sólo experiencias personales aisladas, sino discursos que se enmarcan en un contexto, y se encuentran permeados por el recuerdo o la percepción que tienen hoy de tiempos pasados, aún cuando algunas veces sus propias experiencias no concuerden específicamente con la memoria social global “legítima”.

Teniendo en cuenta lo anterior nos interesa analizar qué rescatan mediante este ejercicio de memoria los entrevistados de las primeras experiencias laborales:

“Mi primer trabajo fue a los 13 años, no hubo “búsqueda”. Mi madre vio un aviso en la vidriera de una casa de repuestos del rubro Radio y Comunicaciones. Se presentó y arregló para que me tomaran por los meses de verano” (Martín, 73 años).

“Mi primer laburo, a los 18, apenas salida del secundario” (Silvia, 53 años).

“A los 10 años. Un amigo mío me dijo que fuéramos a trabajar para conseguir plata, no recuerdo por qué razón, y terminamos pintando cañas de pescar todo un verano” (Daniel, 51 años).

Así resulta que una cuestión a tener en cuenta como distintiva de la primera generación estudiada es que en esa época, llamada de pleno empleo, las primeras experiencias laborales de los entrevistados fueron, en general, bastante más tempranas que las de los jóvenes de la

generación más reciente. En este sentido, podemos ver cómo los distintos entrevistados de la generación adulta han tenido sus primeras experiencias de trabajo desde los 10, hasta los 18 o 19 años.

En la mayoría de las entrevistas realizadas a personas que empezaron a trabajar tempranamente, se encuentra también una visión “optimista” de estas primeras experiencias, que, si bien en la práctica pueden incluso haber sido desgastantes o tediosas, son vistas como parte necesaria del ingreso al mercado laboral, como una simple ayuda a la casa, o a veces incluso como una escapatoria o forma de lograr una mínima independencia económica personal. Por lo general, no son observadas como un abuso de la relación laboral, ni como algo ilegítimo (aunque en muchos de los casos, fuera ilegal). En este sentido, Martín nos relata:

“La verdad es que no recuerdo si ya había legislación al respecto en nuestro país. Pero la realidad es que los tipos de trabajo que yo realicé desde los 13 hasta los 17 años no estaban vistos como algo abusivo, estaban naturalizados, el hecho de que trabajara a esa edad...para algunas personas hasta hubiera podido ser visto como una “integración positiva a la sociedad”, a nadie le parecía una aberración que un chico colaborara un poco con la economía de su casa.... Yo seguramente hubiese preferido jugar a trabajar pero no lo viví como “explotación” (...). Por supuesto que era todo en negro...”.

Dentro de la misma dicotomía es que Daniel nos comenta acerca de uno de sus primeros trabajos de niño, que si bien no era en las mejores condiciones, las mismas son minimizadas ya que el trabajo es momentáneo y tiene como fin lograr un mínimo ingreso:

“Ah! Antes de eso trabajé haciendo jarrones de brea con vidrio. Que también, fue un desastre. Trabajé muy poco ahí. Quedaba a una cuadra y media de casa. (...)Era una changa que hacíamos antes de ir a jugar a la pelota o después y nos daba monedas”.

Es claro como este tipo de prácticas, a pesar de no ser necesariamente legales, eran “bien vistas”, o legítimas en aquel contexto, lo cual se conecta de forma directa con el recuerdo que se construye sobre esa época. Como ya hemos mencionado, la demanda de fuerza de trabajo era mucho más amplia y el acceso al mercado laboral era más fácil para los jóvenes. La precarización y el trabajo en negro no dejaban de existir completamente, pero, al menos y en función de lo que sostienen los entrevistados, no es un aspecto central en sus experiencias laborales.

Entendemos también que, dentro de esta particular valoración de primer trabajo, se destaca el rol que éste venía a cumplir, muchas veces relacionado con la necesidad de ganar experiencia, al costo que el mercado impusiera:

“Te mandaban hacer un trámite de congreso a Villa Luro y si mi horario era hasta las 6 de la tarde y si yo a las 6 de la tarde recién estaba bajando del bondi en Villa Luro, me la tenía que fumar, me decían ‘y bueno después te vas a tu casa’. Las condiciones no eran las mejores, (...) pero bueno es muy difícil cuando uno recién empieza hacerse valer y que no te metan un voleo en el orto, (...) Cuando vos sos el nuevo en un trabajo, estamos hablando en un trabajo en relación de dependencia, o por ahí cuando tenes que entrar en un ámbito y sos el nuevo, es como que siempre te la van hacer parir de alguna forma y tenes que plantarte y te tenes que hacer valer” (Silvia, 53 años).

“Era la única que había en mi puesto en una pymes de 10 personas. Desde hacerle los sándwiches a los empleados que se les daba de comer, onda de gauchada porque eso no me lo dijeron, pero... hasta, todo. Y yo quise hacer ese trabajo porque dije ‘acá aprendo todo’ (...) bueno... hacía todo, y como yo no tenía experiencia, había salido de la secundaria... (..) Yo no exigía casi nada porque tenía un desconocimiento también importante, pero de mi propia ignorancia, no? Desconocimiento de mis derechos, por ejemplo” (Isabel, 55 años).

En este sentido, encontramos diferencias con los jóvenes que buscan trabajo actualmente, ya que en la mayoría de los casos sus primeras experiencias laborales son a partir de los 17 o 18 años, o cuando terminan la escuela, y no se encuentran ya muchos casos de empleos durante la infancia, ni discursos que los legitimen:

“Mi primer trabajo fue a los 18 años” (Boris, 26 años).

“Salí justo de la secundaria y empecé a tirar CVs” (Julieta, 23 años).

*“Mi primer trabajo fue los 17 años, repartía volantes para un centro odontológico”
(Sabrina, 23 años).*

Si bien, como hemos mencionado anteriormente, los motivos y las necesidades muchas veces se asimilan a las de generaciones previas, la forma de concebir ciertas formas de contratación, o condiciones laborales, han cambiado:

“Si fue como una especie de desilusión, de frustración, o como de desengaño, el hecho de que no me hayan pegado lo que me habían dicho, porque uno sale del secundario como con esta ingenuidad de confiar en la palabra del otro, y no fue así. O sea, termine de trabajar el tiempo que trabajé y me encontré con que me habían cagado, o sea, me dijeron una cosa y fue otra. Eso si no me lo esperaba” (Sabrina, 23 años).

“Trabajé como administrativa durante unos meses y en ese trabajo, a veces cadeteaba, mi jefe me enviaba a pagar los impuestos al pago fácil cuando se podía pagar por internet. Además, no me pagaban bien y encima estaba en negro (Antonella, 22 años).

Entendemos que estas modificaciones surgen principalmente de las oportunidades concretas que brinda (o no) el propio mercado laboral que se ha visto reducido en las últimas décadas y no ofrece ya tanta demanda como ofrecía en épocas anteriores, cuando abarcaba incluso a población que hoy se consideraría económicamente inactiva. Pero también se observan cambios en el discurso, la memoria colectiva, acerca de que es legítimo, válido, y qué no, que en los últimos años habrían dejado de brindar tanta importancia a factores como la experiencia para la posterior inserción estable, o la “ayuda” a la familia, por sobre las condiciones de trabajo precario, en negro, o incluso infantil, que hoy se verían menos respaldadas en este tipo de discursos.

Consideraciones finales

En este texto nos planteamos como objetivo estudiar y comparar las estrategias de búsqueda de trabajo que emprenden los jóvenes de tres generaciones distintas, muy distanciadas

en el tiempo, a fin de observar e interpretar continuidades y rupturas. Si bien somos conscientes de que se trata de una empresa sumamente compleja, principalmente por el recorte temporal sumamente amplio, intentamos anclar el estudio a una serie de categorías, como lo fueron; jóvenes y juventud, generación y memoria, que nos permitieron dialogar entre épocas, a fin de que la indagación se acotara a una serie de dimensiones teórico-prácticas.

También intentamos trazar el horizonte de época sociohistórico en que los grupos emprendieron sus búsquedas, a sabiendas de que éstas nunca se dan en el vacío, sino en el marco de contextos económicos específicos. Por ello fue que describimos someramente el período 1960-1985, luego el del 90 y luego el actual, a fin de comparar los tres estadios de la Argentina totalmente distintos, uno caracterizado por una situación de pleno empleo, el otro por la consolidación del neoliberalismo, otro surgido luego de varias crisis socioeconómicas muy graves.

En relación a las rupturas entre los períodos, una de las principales diferencias que podrían enumerarse se relaciona directamente con las estrategias puestas en práctica por los jóvenes para buscar trabajo. Mientras que el primer período se caracteriza por la utilización de los clasificados del diario, el presentarse personalmente en cada uno de los avisos e intentar “venderse” para conseguir el trabajo, el segundo período se caracteriza más bien por lo contrario: la búsqueda por Internet desde la pasividad del hogar y el envío de CV como único primer contacto con el potencial futuro empleador.

Otra de las diferencias que también podría identificarse como ruptura se conecta con el tema de la experiencia y/o especialización. Dentro de los jóvenes del primer grupo, hubo coincidencias en relación a que no era necesario tener experiencia o algún tipo de capacitación para buscar -e incluso conseguir- un trabajo que la precise. Existía la posibilidad de aprender la tarea una vez contratado en el trabajo. Una vez más, ocurre lo contrario con los jóvenes del segundo período. A ninguno de ellos se le ocurriría presentarse a un trabajo que requiera capacitación si ellos no la poseen. Y si se llegaran a presentar, es impensada la posibilidad de que efectivamente los tomen. Esto podría explicarse a partir de la diferencia cualitativa en lo que respecta a desarrollo tecnológico entre el primer período y el segundo. En este sentido, pareciera haber una especie de "ruptura tecnológica" que hace necesaria capacitaciones cada vez más complejas y duraderas para acceder al mundo del trabajo.

También vimos que entre ambas generaciones de los jóvenes que entrevistamos podíamos ver similitudes relacionadas con una posición de clase media compartida por todos que, aún a pesar de la brecha de tiempo existente entre los grupos, les permitió afrontar sus búsquedas laborales con más recursos de todo tipo. Entre los cambios, por el contrario, observamos por ejemplo algunas percepciones sobre lo que el trabajo representa: para los primeros conseguir trabajo era “facilísimo” y se podía hermanecer tiempos largos en ellos, mientras que para la generación más joven la mirada de corto plazo se convirtió en regla.

En último lugar, también comparamos las percepciones de los entrevistados respecto a sus propias experiencias, mediadas a través del concepto de memoria, para indagar sus recuerdos, y construcciones sociales, respecto a los primeros trabajos. Así resultó que prácticas como la precarización laboral, el trabajo en negro y el trabajo infantil, dado que muchos de los entrevistados de la primera generación eran niños cuando emprendieron sus primeros trabajos, no eran vistas como ilegítimas, ni mucho menos ilegales, por el contrario eran consideradas como algo pertinente, legítimo y legitimado socialmente, ya sea por considerarlo un aprendizaje formativo para la vida por el cual era necesario pasar, como experiencia laboral necesaria o simples changas, o ayudas familiares. En cambio, en el segundo grupo de entrevistados, ninguno ha comenzado a trabajar de niño, sino más bien en la juventud, después de terminar el colegio, primero porque esto se ha hecho ilegal, segundo porque ha dejado de ser visto como “socialmente positivo”, siempre dentro del contexto de pertenencia de clase media de los actores involucrados. Respecto de las situaciones de precarización laboral, ocurre algo similar, mientras que en el grupo de pares de la primera generación es imposible hablar de su existencia, entre los jóvenes del segundo grupo, si bien no lo observan como un problema central en sus experiencias laborales, no tienen una mirada “positiva” que legitime prácticas totalmente precarizadas como el trabajo infantil, ya que los discursos previamente mencionados basados en la necesidad de experiencia, changas o formación para la vida, no aparecen ya como algo que las legitime.

Bibliografía

Álvarez, Mariana, Fernández, Ana Laura y Francisca Pereyra (2012) “El mercado de trabajo en la post convertibilidad (2002-2010) Avances y desafíos pendientes” en *Problemas socioeconómicos de la Argentina contemporánea, 1976-2010* Luzzi, Mariana (Coord.).

Ansaldi, Waldo (2003) *Tierra en llamas. América Latina en los años 1930*, 2da. edición, Ediciones AL Margen, La Plata, año 2003.

Ariño, M. (2010), “Transformaciones en el mercado de trabajo: 1974-2002 (PEA, Empleo, Salarios, Ingresos)”, en Susana Torrado (comp.), *El costo social del ajuste (Argentina 1976-2002)*, Buenos Aires, Edhasa.

Blacha Girbal, Noemí M. (1998) “Política, economía y sociedad en la Argentina del siglo XX. Una aproximación histórica a sus continuidades y cambios” en *Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, nº 15, año 1998, Universidad de Cuyo.

Beccaria, L. (2003) "Las vicisitudes del mercado laboral argentino luego de las reformas", en *Boletín Informativo Techint*, nro. 312, mayo-agosto.

Bourdieu, P. (2000): ‘Las formas del capital. Capital económico, capital cultural y capital social’ en *Poder, derecho y clases sociales*, Editorial Desclée deBrouwer, Bilbao, pp. 132-133

Bourdieu, Pierre. (1988) *La Distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid, Taurus.

Canitrot, Adolfo. (1975) “La Experiencia Populista de Redistribución de Ingresos” en *Desarrollo Económico. Vol. XV N° 59*.

Donghi, Tulio Halperín. (1970) *Historia contemporánea en América Latina*, edición 2010, Alianza Editorial.

Garciarena, Jorge (2001) *El estado latinoamericano en perspectiva*, edición 2010, Editorial Eudeba

Goffman, Erving (1959) *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, edición 2013, Amorrortu ediciones.

Halbwachs, Maurice. (2004) La memoria colectiva. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.

Isuani, Aldo. (1991) "[Bismarck o Keynes: ¿Quién es el Culpable?](#)" Isuani, Ernesto y Otros en *El Estado de Bienestar: la crisis de un paradigma*. CIEPP/Miño Dávila Editores

Kennedy, Damián. (2010) "El empobrecimiento de los trabajadores como fuente de excedente en economías con débil dinámica productiva. Argentina desde mediados del siglo XX" en *Pecunia*, 10 (2010), Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas.

Margulis, M. (1996). La juventud es más que una palabra, Biblos, Buenos Aires.

Nora, Pierre, (1997). "Generation" en *The Realms of Memory*.

Sennett, Richard (2000). La corrosión del carácter, las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo. Editorial Anagrama, Barcelona.

Taguenca Belmonte, Juan Antonio (2009). El concepto de juventuden *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 71, No. 1 (Jan. - Mar., 2009)

Bourdieu, P. (2000): 'Las formas del capital. Capital económico, capital cultural y capital social' en Poder, derecho y clases sociales, Editorial Desclée deBrouwer, Bilbao, pp. 132-133